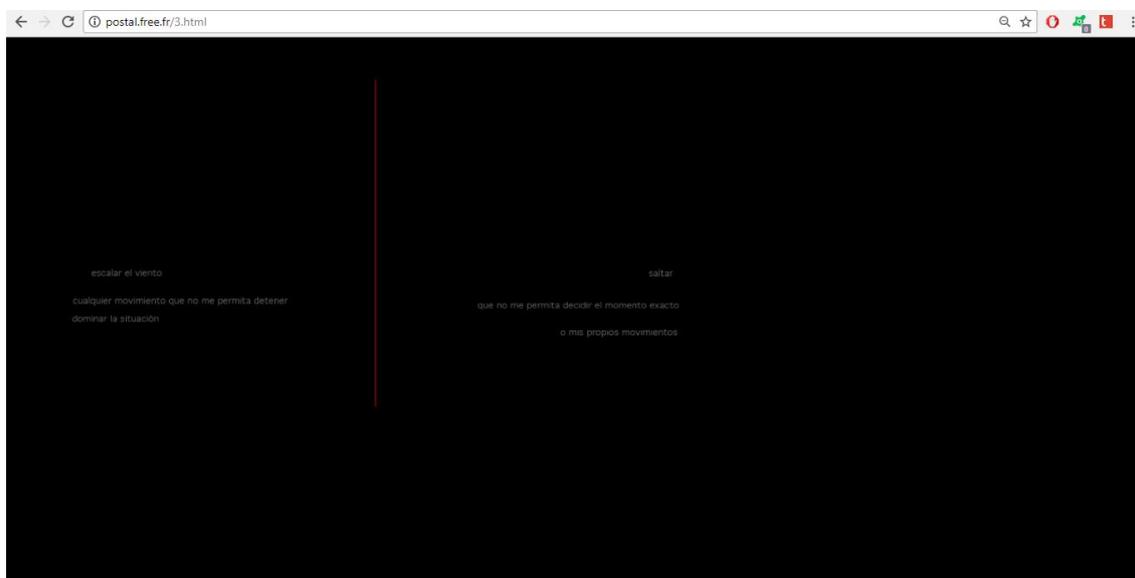


La literatura navega en una sopa de ceros y unos

Claudia Kozak



Gabriela Golder, Postales (2000), obra interactiva, captura de pantalla

¿Hay nuevas derivas de la literatura en el “dominio” digital, es decir, en el entorno digital omnipresente en las culturas glocalizadas? O mejor, ¿hay nuevas derivas de la literatura *que valgan la pena* en el dominio digital? Diría que sí, que las hay.

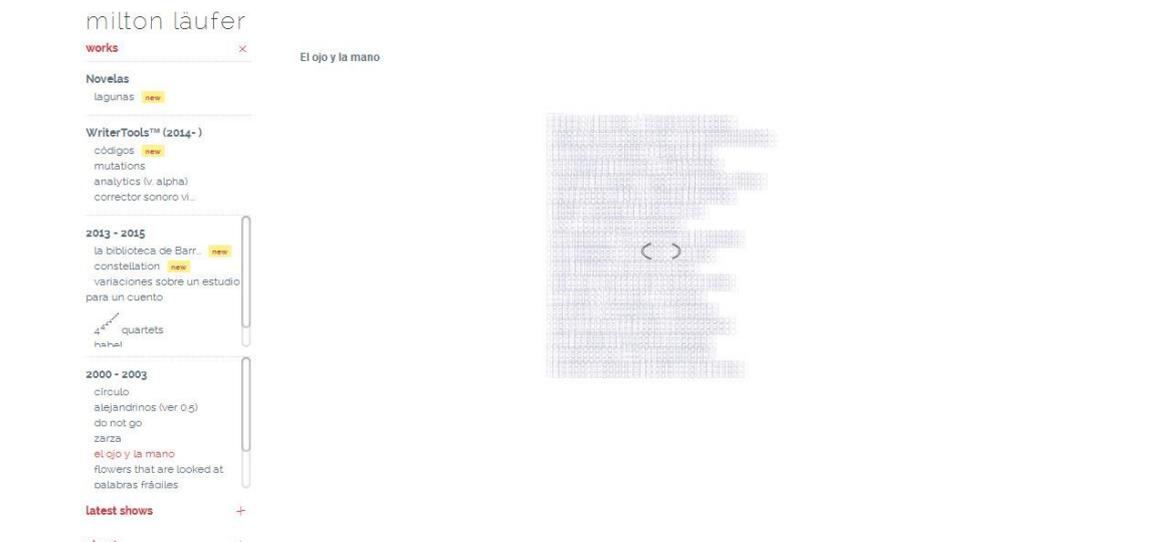
Aunque por supuesto, mucha buena literatura sigue escribiéndose sin que la cuestión digital la roce. Aunque por supuesto, hay también literatura digital que no va mucho más allá de su novedad...

He escrito ya en otras ocasiones sobre el problema de la novedad en el marco de las culturas digitales contemporáneas. Porque ciertamente es un contexto que invita a los/las artistas a la experimentación con nuevos medios y dispositivos. En el caso de la literatura, es un contexto que hace evidente algo que desde distintos flancos se venía ya palpando incluso sin cultura digital mediante: la palabra artística ha entrado, por disponibilidad tecnológica, en nuevos tratos con la imagen, el sonido y los cuerpos. Y esto puede dar una literatura nueva. Pero la novedad suele agotarse en sí misma, como bien lo demuestra la lógica de la producción y consumo de mercancías. De allí que se imponga una distinción entre lo nuevo como *acontecimiento* y la novedad como rápido reemplazo de una cosa por otra para sostener un mercado de atenciones precarias a las que es preciso acicatear.

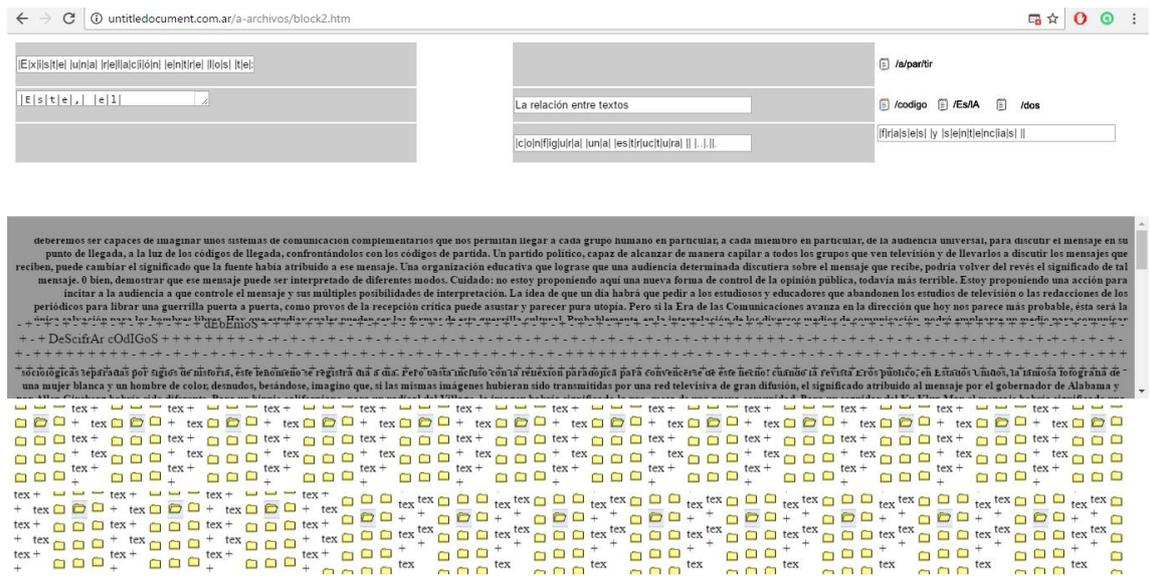
¿Hay entonces *nueva* literatura en el dominio digital que no se agote en su novedad? Diría que sí. Aunque por supuesto, como es una literatura que mucha gente nunca ha leído, seguimos con frecuencia necesitando mostrar cómo está realizada, de qué se trata y cómo podría “leerse”. Incluso quienes la producen integran habitualmente a sus obras breves textos explicativos a modo de instrucciones de uso: “para que la obra se active, pase el cursor aquí”; “los textos que integran esta obra se generan automáticamente a partir de un algoritmo combinatorio...”. Algo que nadie hace, salvo irónicamente, cuando escribe literatura que materialmente se resuelve en el objeto

libro. A menos que ese libro, materialmente hablando, sea en sí mismo su objeto de experimentación. Así las cosas, una literatura digital sin instrucciones de uso sería un nuevo horizonte a alcanzar, tal vez. El problema es que, llegado el caso, estaríamos nuevamente frente a objetos materialmente estandarizados que por ello mismo, son fácilmente naturalizados. Y para que lo nuevo devenga acontecimiento, conviene en general que la obra invite a lecturas/miradas/acciones desnaturalizadoras.

Como sea, nuevas derivas digitales para la literatura significaría experimentaciones de nuevos sentidos literarios en las que un lenguaje verbal expandido hacia otros lenguajes pueda interpelar nuestra lectura. Ahí, claro, se ponen en juego nuestros modos de leer literatura en general. Qué sentidos/materialidades/disposiciones interpelan a cada uno/a ya es cuestión que no podría generalizarse.



Milton Läuffer, El ojo y la mano (2002), obra interactiva, captura de pantalla



Ciro Múseres, Untitleddocument (2005), obra interactiva, captura de pantalla

En particular, en este momento, me interesan obras de literatura digital que establecen una política de la materialidad en varios niveles. Por un lado, hacen visible la materialidad textual y del código informático involucrado –algo que resulta específico

de este tipo de obras y que no habría que pasar por alto como si no existiera—; además, cuestionan también las rutas habituales propuestas por las interfaces en la cultura digital, los modos más o menos estandarizados de ser-con la materialidad, interactuando con ella en función de sus propuestas, sus disponibilidades, sus *affordances*... Es decir, suben la apuesta evidenciando que esas diferencialidades de la literatura digital respecto de la literatura a secas —la que como mínimo durante 500 años en las sociedades occidentales se identificó con los libros— se estandarizan también o van en vías de hacerlo. Hay de todos modos siempre una necesaria estandarización de los objetos digitales, por ser ellos —diría Simondon— objetos técnicos, necesaria por ser una estandarización intrínseca al funcionamiento digital. Ciertamente, si la informática no hubiera llegado a la estandarización digital que ha dado lugar a toda la cultura digital que constituye nuestro medioambiente cotidiano no podríamos estar hablando aquí de literatura digital, de cómo leerla, de qué hacer con ella. Es decir, debemos a la estandarización digital nuestro propio objeto de indagación, incluso en los casos en los que la literatura digital hace ver la estandarización para desnaturalizarla, por lo que algún crédito tendremos que darle. Se podría hablar así de una tensión entre estandarización intrínseca de los objetos técnicos y estandarización extrínseca, la que regula nuestros comportamientos en función de contextos económicos y políticos hegemónicos.

De allí que un paso más allá, que me resulta interesante, de algunas obras de literatura digital es el jugar “en contra” de la lectura estandarizada, poniendo obstáculos a la lectura y frustrando de algún modo la lectura directa e inmediata. Cuando quien lee logra estabilizar en algún momento la textualidad, podría darse el caso —no siempre se da— de una afectación lectora, es decir, de eso que nos interpela cuando leemos literatura, sea lo que sea.

Y un paso todavía más allá es el de obras de literatura digital que nos afectan y establecen una tensión entre un adentro y un afuera de los paisajes tecnológicos contemporáneos, aun cuando se saben parte de ellos. Por ejemplo, he venido armando con el tiempo un “corpus migrante de la literatura digital latinoamericana” con obras que exhiben una o más de las políticas de la materialidad de las que hablé más arriba y que a la vez ponen en discusión qué pueden llegar a ser estos lenguajes en tránsito —migraciones de translenguas— cuando son también parte de un tiempo de precariedad que danza sobre la vida y la muerte de las personas. En algunos casos, estas obras se corren hasta cierto punto del arte para ubicarse más cómodamente en el activismo artístico.

Enumero algunas pocas obras que podrían entrar así ese cuerpo migrante, para que quien quiera transitarlo descubra en todo caso qué parte de lo dicho hasta aquí se deja, o no, leer en cada obra. Supongo que algunos/as de quienes realizaron las obras podrían no reconocerse necesariamente como escritores/as, es decir, autores/as de literatura. Para mí, en estas obras, sí lo son:

Postales (2000) y *Rescate* (2009) de Gabriela Golder

Untitled document (2005) de Ciro Múseres

El ojo y la mano (2002), *Procesos personales* (2017) y *¿Dónde está?* (2017) de Milton Läufer

Anacrón: Hipótesis de un Producto Todo (2012) de Augusto Marquet y Gabriel Wolfson

El 27/The 27th (2014) de Eugenio Tisselli